

P. Ordóñez López, Miseria y esplendor de la traducción. La influencia de Ortega en la traductología, Castelló de la Plana, Universidad Jaume I, 2009, 284 pp.

Carlos MORENO HERNÁNDEZ
Universidad de Valladolid

El libro de P. Ordóñez procede de una tesis doctoral y se propone ‘perseguir’ la huella del ensayo de Ortega en los estudios de traducción. Antes de eso dedica tres capítulos a la historia de la traducción, a la reflexión de Ortega sobre el lenguaje y al análisis del ensayo objeto del libro, que enmarca dentro de esta reflexión; luego, en otros tres, ya dentro de su propósito, se extiende sobre la divulgación que ha tenido en el campo traductológico y su influencia, en el ámbito del español primero, en el internacional después. Cierran el libro unas conclusiones sobre todo ello.

Miseria y esplendor de la traducción es un ensayo complejo, que ha sido objeto de multitud de lecturas. No parece que fuera la intención del autor hacer un ensayo sobre la traducción, sino simplemente tratar el tema, uno más de entre tantos sobre los que escribe, en relación con otro más general, el del lenguaje. Su influencia en el campo de la traducción no deja dudas, pero esa influencia es desigual, tal como aquí se detalla: Muy amplia en el ámbito de la lengua española, grande en el de la alemana, en el que Ortega se formó, algo menor en el de lengua inglesa y menor aún en el área francesa, por circunstancias diversas que el libro no aborda, no sólo de formación, sino incluso personales y de temperamento.

En el primer capítulo indica la autora que la traductología contemporánea, que comienza en 1813 con Schleiermacher, ha pretendido, nada menos, ser una disciplina autónoma, cosa bastante problemática. El ensayo de Ortega suele situarse en esa tradición, pero la lectura sesgada del autor alemán que en él aparece es otra muestra más de la pseudotraducción que se pretende evitar, la misma que Schleiermacher equipara a la imitación o a la paráfrasis y que Ortega identifica erróneamente con la orientación hacia el lector, justificada en algunos casos por aquél.

Las ideas de Ortega sobre el lenguaje proceden de Humboldt, tal como él mismo señala en su ensayo, pero no está interesado en la mera reflexión teórica. Para él, es el lenguaje inseparable del hombre que habla y de su circunstancia, el medio a través del cual se accede a toda realidad, tal como se concluye en el capítulo segundo, por lo que la traducción se nos presenta, en principio, como una tarea imposible, al pretender transvasar realidades diversas. Ortega, entonces, toma una decisión tajante, negando toda validez a las traducciones que no nos transporten a esa realidad extraña que es para nosotros la de la obra original. Y ello no es posible sin forzar nuestra propia lengua, comportándonos como auténticos escritores, más allá de la mera corrección lingüística o de la sujeción a las normas gramaticales.

No creemos, por tanto, como concluye la autora en el tercer capítulo, que la reflexión teórica sobre la traducción predomine en el ensayo de Ortega; al contrario, Ortega no pretende tal cosa, ni menos aún dar normas prácticas aplicables a cualquier traducción. Sólo le preocupa la traducción en relación con textos difíciles, si no imposibles de traducir, en cuanto que es en éstos en los que la inseparabilidad de las palabras y las cosas que significan o a las que se refieren se hace más evidente, lo que obliga al traductor a replantearse todas sus presuposiciones y prejuicios. Naturalmente, esto no es tarea que pueda llevar a cabo cualquier traductor, y menos un traductor profesional.

Esto explica que el ensayo de Ortega no sea apreciado, en general, por los traductores, sobre todo en ámbitos como el francés, donde predomina la traducción adaptadora, ámbito en el que su divulgación ha sido escasa (capítulo 4); tampoco en España y países de habla hispana (capítulo 5), donde la influencia francesa, o la traducción indirecta, a través del francés, ha sido predominante. Ortega nunca apreció mucho el chauvinismo francés y la identificación que éste hizo siempre entre lengua francesa y precisión o claridad de ideas; como tampoco pudo ser apreciado en todos aquellos ámbitos en los que se hacía, o se sigue haciendo, una distinción tajante entre disciplinas, llámense filosofía o literatura; por eso ha podido afirmarse que su tratamiento del lenguaje es retórico, cosa que para algunos es peyorativa y para otros es un elogio, sobre todo si se aplica a la traducción.

En el capítulo quinto se detiene Ordóñez a examinar los estudios y citas sobre el ensayo de Ortega en el ámbito del español, en el que suele ser clasificado entre los que se oponen a la traducción libre, sin más distingos. No hay acuerdo sobre su optimismo o pesimismo acerca de la posibilidad de la traducción o sobre la consideración hacia los traductores, algo que aquí se presenta en las conclusiones sin matizar. En cuanto al ámbito extranjero (capítulo 6), concluye la autora que la presencia del ensayo de Ortega se mantiene como defensor de la tendencia extranjerizante, e insiste en su diversa calificación según el ámbito lingüístico. Unas conclusiones y una amplia bibliografía (no sin algunas ausencias) cierran la obra, útil sobre todo para los que quieran ver el ensayo de Ortega desde otra perspectiva.